

—Tengo ocho mil francos de sueldo, dijo el empleado; me parece que es una posición muy regular.

—Ya lo creo... ¡puedes vanagloriarte!... al cabo de treinta años de servicios... Si te parece bien, dales las gracias encima. ¡Eres un papanatas! ¿Sabes lo que habría yo hecho en tu lugar?

Pues me habría hecho el dueño de la casa. Era tan fácil apoderarse de esos badulaques; con mi buen ojo ví cuando nos casamos que podías haber llegado á ser el amo del cotarro y no he cesado de empujarte por ese camino. Pero tú... vamos, no quiero ni pensarlo. Con iniciativa, con talento, no durmiéndose en las pajas, no siendo como eres una máquina de hacer cuentas, habrías podido conseguir...

—Poco á poco... dijo el pobre hombre amostazado... ¿vas á acusarme porque me he portado con honradez?

Su esposa se levantó y se dirigió hácia él blandiendo el libro que tenía en la mano.

—¡Honradez! ¿Qué entiendes tú por honradez? Esa honradez de que hablas, debías guardarla ante todo para mí. Primero yo, es decir nosotros, y luégo los demás. Pero ha de saber V. que no es un proceder honrado casarse con una joven haciéndola creer que

con el tiempo se alcanzará una fortuna para ella, y después de lograrla, embrutecerse en el trabajo de labrar la fortuna del prójimo. Me ha estafado V., si señor; eso se llama estafar. ¡Ah! si pudiera deshacerse lo hecho... si siquiera hubiera yo conocido antes de darte mi mano á tu familia.

Al decir esto paseaba precipitadamente por el cuarto. Su marido no pudo contener un movimiento de impaciencia á pesar de su vivo deseo de mantener la paz.

—Deberías ir á acostarte Leonor, le dijo... ya es la una, y te aseguro que este trabajo que estoy haciendo urge. Por lo demás, mi familia no te ha causado ningún daño y lo mejor es no ocuparnos de eso.

—¿Por qué no? ¿Acaso tu familia es una cosa sagrada? Nadie ignora en Clermont, que tu padre después de haber vendido su bufete de abogado, se arruinó por una criada. Y si no hubiera sido un calavera, un viejo verde; si no hubiera escandalizado á la gente con sus amoríos á los setenta años de edad, hace ya mucho tiempo que nuestras hijas estarían colocadas.

También él me ha estafado.

M. Jossierand palideció, y con voz temblorosa que crecía por momentos, dijo:

—Poco á poco y tengamos la fiesta en

paz. Te ruego que no nos echemos en cara los defectos de nuestras familias... porque respecto de eso... si fuéramos á hablar, también podría yo decir que esta es la fecha en que tu padre no me ha dado los treinta mil francos de tu dote que me ofreció.

—¿Qué es eso de treinta mil francos?

—No te hagas de nuevas, hija mía... Por lo demás, si mi padre ha tenido desgracias, el tuyo se ha portado con nosotros de una manera indigna. Todo lo relativo á su herencia está bastante turbio, y se han hecho toda clase de picardías para adjudicar el colegio de la calle de las Fossés-Saint-Victor al marido de tu hermana, ese quidam que hoy ni siquiera se digna saludarnos... Entre todos nos han saqueado.

Mad. Josserand se había puesto livida en presencia de aquel conato de rebelión de su pacífico consorte.

—Cuidadito con hablar mal de mi papá,— dijo.—Durante cuarenta años hasido una de las glorias de la enseñanza pública. ¡Y sino que se pregunte por el colegio de Bachelard en el barrio del Panteón! Por lo demás, en lo que se refiere á mi hermana y á mi cuñado, ya sé yo á qué atenerme. Cierto es que me han robado, pero no puedo consentir que tú me lo echés en cara... ¿lo oyes?

Si á eso vamos podría yo recordar que tu hermana se escapó con un militar; y eso es peor que usurpar una herencia.

—Se escapó con un militar que es hoy su marido... ¿Y qué diré de tu tío Bachelard, un hombre de perversas costumbres...?

—¿Qué es lo que estás hablando...? ¿Por fuerza te has vuelto loco? Censurar de ese modo á mi hermano, un hombre rico, que gana cuanto quiere como comisionista; un hombre, en fin, que ha ofrecido dotar á nuestra hija Berta... ¡Está visto, ni lo más sagrado te inspira respeto!

—¡Dotar á Berta! ¡Por supuesto! ¿Quieres apostar algo á que no la da un céntimo, después de sufrir nosotros por esa esperanza las consecuencias de sus hábitos groseros y repugnantes? Bonito es él para aflojar la bolsa. Cuando le veo en casa se me cae la cara de vergüenza. Un trapalón, un perdido, un explotador sin conciencia que especula con su posición, que al vernos poco menos que de rodillas ante su fortuna, me obliga todos los sábados á pasar un par de horas en su despacho examinando sus cuentas. Esto le economiza unos cuantos francos, y hasta ahora no sabemos todavía de qué color son sus regalos.

Mad. Jossierand, fuera de sí, se reconcentró un instante y al fin gritó.

—A todo lo que estás charlando contéstare con una sola observación. Un sobrino tuyo pertenece á la policía secreta.

A este desahogo siguió una nueva pausa. La luz del quinqué se apagaba y las fajas volaban á impulso de los movimientos nerviosos de M. Jossierand, que miraba frente á frente á su esposa, toda descotada, sintiéndose resuelto á desahogarse al mismo tiempo que le asustaba su propia audacia.

—Con ocho mil francos, añadió, se puede hacer mucho. Tú te quejas, pero lo que debías hacer era no estirar los piés más que la sábana y no gastar más de lo que tenemos. Con tu manía de visitar y recibir visitas, de dar reuniones los martes y de ofrecer té y pastas á los convidados...

Su mujer no le dejó acabar la frase.

—Volvemos á la canción de siempre, murmuró. Eso es, enciérranos en un convento. ¡Por lo visto quieres que ande desnuda...! ¡Y nuestras hijas...! ¿con quién se casarian si no viéramos á nadie? Así y todo, no logramos que pesquen un marido, con que dime tú lo que sucedería si estuviéramos encerradas entre cuatro paredes...? ¡Esto no tiene nombre! ¡Sacrifíquese V. para

que luégo le salgan con esas patochadas!

—Todos nos sacrificamos: León ha tenido que oscurecerse para que brillen sus hermanas, y está obligado á buscárselas, por sí solo y lejos de su familia, para subsistir. ¡Saturnino por su parte, apenas sabe leer, y yo... yo me privo de todo, y lo que es más, paso las noches como Dios sabe!

—¿Por qué ha producido V. hijas? La culpa es de V. El que tiene hijas debe saber lo que se hace. ¿Acaso va V. á echarme en cara su esmerada educación? Otro cualquiera celebraría el título de capacidad alcanzado por Hortensia y las habilidades de Berta. Esta misma noche sin ir más lejos, ha entusiasmado á todo el mundo tocando en el piano el vals *al borde del mar*, y mañana encantará seguramente á nuestros invitados la última pintura que ha hecho. Mentira parece que censure V. esto que á otro padre le llenaría de júbilo; pero por lo visto V. no tiene nada en el pecho, y habria preferido enviar á sus hijas al campo á guardar vacas en vez de darles una instrucción, necesaria á las jóvenes de su clase.

—Tan no es verdad lo que ahí estás diciendo, que deseoso de su bien traté de asegurar el porvenir de Berta en una Sociedad de seguros, y al ir á pagar el cuarto plazo

preferiste emplear su importe en mejorar el mobiliario de la sala, y lo que es peor, negociaste después las primas abonadas.

—¿Qué había de hacer si nos tienes rabiando de hambre? Nada, nada, si al fin y al cabo se quedan tus hijas para vestir imá-jenes, la culpa será tuya y retetuya.

—¡Mia la culpa! añadió Jossierand enar-deciéndose... La que ahuyenta los maridos eres tú, tú con tus trajes vistosos y tus ridí-culas recepciones.

¡Jamás el pobre hombre había ido tan le-jos en sus recriminaciones, así es que su esposa se limitó á balbucear!

—¡Yo ridícula!

En aquel instante volvieron al comedor Hortensia y Berta, en enaguas y chambra, despeinadas y en chancas.

—Hace un frío atroz en nuestro cuarto; dijo Berta tiritando. Aquí al menos ha ha-bido fuego por la noche y aún queda algún rescoldo.

Las dos se acercaron á la estufa, y Hor-tensia devoró el trozo de conejo que había encontrado en la cocina, mientras que Berta mojaba en el jarabe un pedazo de pan. Sus padres, sin hacer caso de ellas, continuaron riñendo.

—¡Ridícula ye! añadió Mad. Jossierand.

Te aseguro que no volverás á calificarme de ese modo. Que me corten la cabeza si doy un paso más para casarlas. Arréglatelas tú en lo sucesivo... y procura no ser tan ri-dículo como yo soy.

—¡A buena hora! después de que las has exhibido en todas partes. Por lo demás, que las cases ó no, me tiene sin cuidado.

—Digo dos cuartos de lo mismo, y tan aburrida estoy ya, que si me pones en un brete, el día menos pensado las planto en el arroyo. La lástima es que tú no te vayas tras de ellas con cien mil de á caballo... en cuyo caso me vería yo en la gloria.

Las jóvenes escuchaban aquel animado diálogo con la mayor tranquilidad: estaban acostumbradas á semejantes escenas. Co-mían con gran apetito y acercaban á la tibia porcelana de la estufa sus hombros que la chambra desabrochada dejaba al descubier-to. Las dos muchachas ofrecían un grupo interesante, medio desnudas, devorando los escasos manjares que habían hallado, con verdadera glotonería, y cayéndoseles los ojos de sueño.

—Buena gana tenéis de reñir, dijo al cabo Hortensia con la boca llena. Mamá se hace mala sangre, y papá como de costumbre se pondrá malo. Tranquilizaos, que me pa-rece

que ya somos grandecitas para buscar marido por nuestra propia cuenta.

Estas palabras produjeron un cambio. El padre, agotadas sus fuerzas, simuló reanudar su tarea, por más que sus temblonas manos no le dejaban escribir; y la madre volviéndose hacia Hortensia como una furia dijo:

—¡Si te haces la ilusión de buscar acomodo por tí sola, aviada estás! Tu famoso Verdier no se casará contigo.

—De eso me encargo yo, contestó la muchacha con mucho desenfado.

Después de haber desahuciado á cinco ó seis pretendientes, un modesto empleado, el hijo de un sastre, y otros cuyo porvenir no le pareció muy risueño, se había decidido por un abogado de cuarenta años á quien conoció en casa de los Dambreville. En su concepto estaba destinado á hacer fortuna; pero tenía la contra de que vivía desde hacía quince años con una querida que pasaba en el barrio por su mujer. Por supuesto que la joven lo sabía de sobra y no se apuraba gran cosa.

—Hija mía, murmuró su padre levantando la cabeza; te he suplicado que no pienses en ese casamiento... Ya sabes lo que ocurre...

Hortensia dejó de chupar el hueso que tenía en la mano y con viveza:

—No te apures, papá, exclamó; sé todo lo que pasa, y Verdier me ha ofrecido separarse de esa mujer. ¡Es una estúpida!

—Haces mal en hablar de ese modo. ¿Te gustaría que ese hombre te dejase un día para volver al lado de esa mujer de quien pretendes separarle?

—Ya procuraré yo que eso no suceda, añadió Hortensia con convicción.

Berta, enterada de aquella historia, cuyos pormenores discutía diariamente con su hermana, escuchaba sin chistar, muy inclinada como el autor de sus días, en favor de la pobre mujer á quien trataban de arrojar á la calle después de haber vivido maritalmente con el abogado desde hacía quince años. Pero Mad. Jossierand terció en el debate.

—Esas mujeres acaban siempre mal, dijo con severidad; así es que no debes cuidarte de defenderla. Lo que yo dudo es que Verdier tenga bastante energía para separarse de ella. Hoy no hace más que entretenerte; y en tu lugar, en vez de esperarle, le plantaría buscándole un sustituto.

Con voz agria y poniéndose encendida de ira, dijo Hortensia:

—Mira mamá... ya sabes lo que soy cuando se me pone una cosa en la cabeza. Le quiero y me casaré con él. Esperaré aunque sea cien años.

Su madre se encogió de hombros.

—¿Y todavía te atreves á llamar estúpidas á otras mujeres? dijo.

Al oír esto, la joven se levantó muy resuelta.

—Tengamos la fiesta en paz mamá, exclamó. Ya he acabado de cenar y creo que lo mejor que puedo hacer es irme á la cama. Ni te pido ayuda ni necesito de nadie, y ya que no logras para nosotros un buen partido, justo y legítimo es que nos dejes buscarlo á nuestro gusto.

Así diciendo, se alejó dando un portazo. Mad. Josserand volviéndose con majestad hacia su esposo, exclamó:

—Ahí tienes los efectos de la educación que les has dado.

El pobre hombre ocupado en acribillarse las uñas con la punta de su pluma, no protestó. Berta que había dado fin al pedazo de pan, recogía el jarabe que quedaba en el vaso con un dedo y no se apresuraba á seguir á su hermana para evitar las consecuencias del mal humor que revelaba su actitud al marcharse.

—¡Ah! prosiguió Mad. Josserand paseándose de un lado á otro; este es el premio de mis desvelos. Mátese V. durante veinte años, sufra V. todo género de privaciones para hacer de sus hijas mujeres distinguidas, ¿y para qué? para recibir este pago, para negarle á una la satisfacción de casarlas á su gusto. ¡Si al menos las hubiera uno negado algo! pero no señor, á todas horas me he sacrificado por ellas, vistiéndolas y emperegilándolas como si tuviéramos una renta de cincuenta mil francos... ¡Esto no tiene nombre! Pero es cosa sabida, en cuanto estas muñecas poseen una educación esmerada, en cuanto pueden aparentar que son ricas y de buena familia, sus padres les importan un bledo, y se atreven á hablar de casarse con abogados, con aventureros que viven en la crápula.

Al llegar aquí se detuvo delante de Berta y amenazándola:

—Librete Dios, la dijo, de imitar á tu hermana, porque si tal hicieras nos veríamos las caras.

Después comenzó á pasear de nuevo, hablando sola, saltando de una idea á otra idea y contradiciéndose con toda la formalidad de una mujer que cree tener siempre razón.

—He cumplido mis deberes, decía, y si

volviera á empezar haría lo mismo que he hecho. En esta vida los que más ponen pierden más. El dinero es el dinero, y al que cae y no lo tiene ni la Paz y Caridad le levanta. Yo cuando he tenido un duro he hecho creer que tenía dos: toda la sabiduría se reduce á esto. Más vale ser envidiado que compadecido. De nada sirve tener mucha instrucción si va una por esas calles hecha un pingo. El hábito hace al monje, digan lo que quieran. Esto no es justo, pero así es, y el que se mete á redentor lo crucifican. Mejor llevaría las enaguas sucias ó no las llevaría, que vestir de percal. Aunque una coma patatas, es necesario presentar un pollo en la mesa cuando se tienen convidados. Y los que digan lo contrario son unos imbéciles, que no saben dónde tienen la mano derecha.

Al vomitar esta retaila de frases, miraba fijamente á su marido á quien iban enderezadas; y éste, cansado ya y temeroso de una nueva batalla, tuvo la debilidad de declararse de acuerdo con ella.

—Es verdad, dijo, ¡ hoy no hay más Dios ni más Santa María que el dinero!

—Lo oyes, añadió Mad. Jossier dirigiéndose á Berta; tu mismo padre se convence al fin de que tengo razón. Procura

no olvidar estas indicaciones y al menos tú, hija mía, danos gusto. Ahora dime, ¿cómo te has arreglado para perder esta noche una ocasión tan buena?

Berta comprendió que le había llegado el turno.

—No lo sé, mamá, contestó.

—Un subjefe de negociado—continuó su madre;—treinta años apenas y un porvenir brillante. Pues ahí es nada... su paguita puntual todos los meses: eso es lo que se llama una posición sólida; no hay nada mejor. Pero por lo visto, como en otras ocasiones, ¿habrás hecho alguna tontería?

—Te aseguro que no... habrá pedido informes y le habrán dicho que no tengo un céntimo.

—¿Y el dote que te ha ofrecido tu tío? Pues poquito que lo ha cacareado... No, no es eso. Yo he observado y he visto que habéis roto vuestras relaciones bruscamente. Bailando os fuisteis al gabinete.

Berta se turbó.

—Ese cierto dijo, y cuando entramos, como estábamos solos se permitió conmigo tales indiscreciones... me dió un beso, y me quiso abrazar. Entonces tuve miedo, le empujé y tropezó con un mueble.

—Le empujaste, gritó su madre enfure-

cida... vaya unos modos... ¡empujar á un caballero!

—Pero mamá, si quería abrazarme.

—Y qué tenemos con eso... pura galantería. No sé de qué sirve á una madre poner en un colegio á sus hijas. ¿Queréis decirme que es lo que allí os enseñan?

Un golpe de sangre acudió á las mejillas de la joven, y al mismo tiempo se inundaron sus ojos de lágrimas.

—No he tenido la culpa...—balbuceó—sus intenciones no eran buenas... ignoro qué es lo que debí hacer.

—¡Lo que debiste hacer! ¿Pues no pregunta que es lo que debió hacer? ¿No te he dicho mil veces que todos esos aspavientos son ridículos? Has nacido para vivir en sociedad. Cuando un hombre es atrevido con una mujer, es porque la quiere y siempre hay medios de ponerle en razón con amabilidad. ¿Qué es un beso dado de pronto detrás de un cortinaje? ¿Por ventura vale la pena de ocuparse de eso, y mucho menos de contarlo á sus padres? Y luego empujarle con malos modos, hacerle tropezar con un mueble... quita... quita de ahí... no me extraña que se te escapen de las manos las ocasiones de casarte.

Tomando un tono doctoral, continuó:

—¡Está visto, contigo no se puede, eres una estúpida! Sería preciso enseñarte como á los loros, y eso es muy aburrido. Las que carecen de fortuna como tú, deben valerse de maña para pescar á los hombres. Debe una ser amable, poner los ojos tiernos, abandonar la mano, permitir ciertas familiaridades figurando que no se les da importancia... en una palabra, se emplean todos los medios para coger en la red al que se descuida. ¿Lloras? ¡Si crees que con llorar se arregla todo, estás fresca!

Berta sollozaba.

—¡Basta de lloriqueos que me atacan á los nervios, añadió! Y tú, marido, manda á tu hija que no se estropee el rostro llorando de ese modo. Lo único que nos faltaba es que se afease.

—Cálmate hija mía y sé razonable, dijo el pobre hombre, tu madre tiene razón y debes oírla. Si lloras mucho, va á perder la frescura tu cutis.

—Lo que me indigna, es que cuando quiere, sabe hacerse la interesante. Y luego que no es fea... vamos mujer, enjuga esas lágrimas... mírame como si fuera yo un galán que te hiciese la rueda... Se sonríe una, deja caer el abanico y procura cuando el caballero lo coge que las manos se rocen... No está



una así... pareces una pazguata... Inclina un poco la cabeza, con gracia... estira un poco el cuello, es bastante correcto para que no aproveches la ocasión de mostrarlo.

—¿Así, mamá? preguntó Berta con ingenuidad, deseando complacer á su madre.

—Eso es... pero no te pongas tan tiesa... más flexibilidad... Los hombres no se enamoran de los palos de escoba. Sobre todo, cuando son atrevidos, no hay que hacerse las inocentes. Los que se escurren demasiado, hija mía, caen en la ratonera sin remedio.

El reloj de la sala dió las dos; y á pesar de lo tarde que era, tan excitada estaba madame Josserand por la larga vigilia, y tan fuerte le había entrado el deseo de casar á su hija inmediatamente, que para completar la lección comenzó á colocar á la joven en diversas actitudes á fin de que produjera mejor efecto, ni más ni menos que si fuera una muñeca descoyuntada. Berta, sin voluntad, se dejaba manejar; pero estaba afligida: el temor y la vergüenza anudaban su garganta. De pronto y á continuación de una risa que su madre la obligaba á ensayar, sintió una fuerte opresión, se demudó su rostro y se deshizo en sollozos.

—¡No puedo, vamos, balbuceó... es imposible...! Todo esto me llena de tristeza...

Al oirla, permaneció su madre durante un momento estupefacta. La electricidad formó el rayo; y no pudiendo contenerse, dió á la pobre muchacha una fuerte bofetada...

—Toma, la dijo, se me ha acabado la paciencia... Eres un saco de paja... no sirves para nada y comprendo que los hombres no hagan caso de ti.

Al pegar á la chica se la cayó el libro al suelo, le recogió, le limpió y sin decir una palabra más, arrastrando majestuosamente la larga cola de su traje de baile, se encaminó á su alcoba.

—Ya sabía yo que concluiría por eso, murmuró M. Josserand sin atreverse á detener á su hija que se retiró también, con la mano en la mejilla y llorando á lágrima viva.

Al pasar por la antesala á tientas, tropezó con su hermano Saturnino que descalzo para no ser oído se había acercado al comedor y había escuchado la conversación escondido detrás de la puerta.

Saturnino era un grandullón de veinticinco años, deforme, desgarbado, con grandes ojos saltones, que de resultas de una fiebre cerebral había quedado raquítico. Sin estar loco, tenía aterrorizada á su familia, padecía continuas crisis, se irritaba ante la

menor contradicción, y sólo Berta lograba dominarle con su mirada. Siendo aún niña, la había cuidado durante una larga enfermedad, y obedeció como un perro los caprichos de su convalecencia. Habiendo logrado salvarla, llegó á profesarla una verdadera adoración, en la que entraban á la vez todos los sentimientos amorosos.

—¿Te ha pegado otra vez? la preguntó en voz baja con la mayor ansiedad.

La joven asustada al verle allí de aquel modo procuró alejarle.

—No te importa, le dijo; ve á acostarte.

—Si me importa, y mucho. No quiero que te pegue... no... no. Con sus gritos me ha despertado... ¡Cómo vuelva á pegarte, no lo aguanto!

Berta cogió sus manos y le trató como á un animal que se hubiera escapado de su jaula. El muchacho se sometió y con los ojos llenos de lágrimas balbuceó:

—Te ha hecho daño, ¿no es verdad? ¿En dónde te ha pegado? dímelo para besar la pupa.

Y buscando el rostro de la joven le besó, humedeciéndolo con sus lágrimas, mientras decía:

— ¡Sana... sana...!

M. Jossierand se quedó solo, y tan afectado

estaba que no pudo menos de dejar la pluma. Pocos minutos después, se levantó, fué de puntillas hasta las puertas de las alcobas, oyó roncar á su mujer, sus hijas ya no sollozaban, y tornando al comedor algo más tranquilo, arregló un poco la luz del quinqué y comenzó á escribir maquinalmente. Dos lágrimas resbalando por sus mejillas cayeron en las fajas en medio del solemne silencio que ofrecía la casa completamente entregada al sueño.